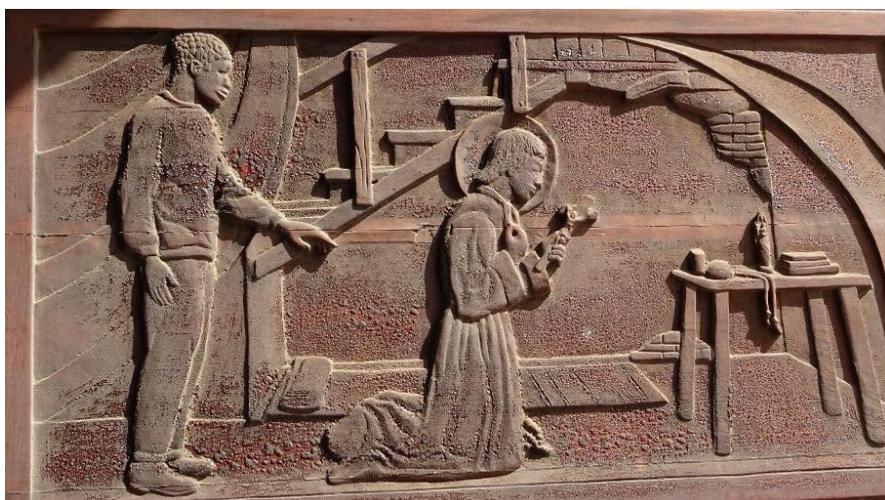




**“...De su penitencia,
ninguna más austera...”**



Bajorrelieve. Puerta de la iglesia parroquial de Balaka (Malawi)

PARA CONOCERLO

La vida mortificada que vivió San Luis Grignon de Montfort en la ciudad de Nantes se conoce por una de sus cartas (Carta 10 del 3 de noviembre de 1701). Luis se trataba a sí mismo con dureza, no porque hubiera vivido una vida juvenil desenfrenada; de hecho, nunca había sido lujurioso, sensual o derrochador. Con las mortificaciones él rompía las aprehensiones de los deseos con una vida austera acompañado por un ideal de santidad. También estuvo influenciado por la desconfianza hacia el hombre

corrupto, percibida en el contexto cultural de la época. Dormía sobre un colchón de paja y se limitaba en la comida. El Evangelio vincula ayuno y oración (Mt 17,21): tener todavía hambre de vez en cuando favorece a desnudarse de sí mismo para prestar mayor atención a Dios. En la comunidad de San Clemente Luis no comía por la mañana y no comía mucho por la noche; esto es lo que él escribe al padre Leschassier su director espiritual. Sólo hacía una comida abundante al día (¡cuántos pobres comían sólo una vez al día!). Su comida era la que correspondía a nuestro almuerzo, que normalmente se tomaba a las once u once y media. Por eso, cuando Luigi escribe: "Por la noche como poco", no lo excluye del todo, siguiendo el pensamiento y las costumbres de la gente de su tiempo, al tomar una buena ración de pan, alimento esencial por aquella época.

San Luis Grignon también practicaba la *"disciplina"* tres veces por semana. La disciplina consistía en golpearse en los hombros o en el torso con un pequeño látigo. Estos hábitos religiosos eran toscos al igual que ciertas prácticas médicas de la época. De hecho, era la época de la lucha médica contra los "humores", sustancias líquidas que se creía fuesen elaboradas por el organismo humano que, según antiguas teorías médicas, provocaban diversas enfermedades. Las prácticas de cura eran violentas: purgas, enemas, sangrías. Viviendo en esta cultura, Luis Grignon atribuye a la disciplina efectos curativos, sin duda sedantes y reequilibrante; él escribe en un Cántico:

"La disciplina es medicina.

Que cada cual se azote los lomos hasta los huesos.

Cada uno golpee, golpee, golpee hasta los huesos.

Es el remedio de todo mal". (Cántico 161,1)

Y aún escribe:

*“La enfermedad así curarás.
Golpea para vencer los humores y los dolores.
Golpea, golpea, golpea, los dolores.
Que todo cede a sus rigores”. (Cántico 161,6)*

San Luis limita la duración de este ejercicio de mortificación a la extensión del Salmo 50, que en latín comienza con la palabra “*Miserere*” (Misericordia) y termina con “*vitulos*” (novillos). La lectura pausada de este texto dura dos minutos y medio. El esfuerzo debe ser aguantado a lo largo del salmo:

*“Que el alma inocente golpee y cante
el Miserere sobre tu dorso hasta los huesos.
Golpea, golpea, golpea hasta los huesos;
golpea hasta el último verso” (C 161,9)*

(Cf. Bernard GUITTENY, *Grignon de Montfort, missionnaire des pauvre*, Cerf, Paris 1993, 146-148)



LA PALABRA NOS GUÍA

**Escuchen la Palabra del Señor
De la Primera Carta de san Pablo
apóstol a los Corintios (9,19-27)**

« Asimismo, sintiéndome libre respecto a todos, me he hecho esclavo de todos con el fin de ganar a esa muchedumbre. Me he hecho judío con los judíos para ganar a los judíos. ¿Estaban

sometidos a la Ley? Pues yo también me sometí a la Ley, aunque estoy libre de ella, con el fin de ganar a los que se someten a la Ley. Con los que no estaban sujetos a la Ley me comporté como quien no tiene ley --en realidad no estoy sin ley con respecto a Dios, pues Cristo es mi ley--. Pero yo quería ganar a los que eran ajenos a la Ley. Compartí también los escrúpulos de los que tenían conciencia poco firme, para ganar a los inseguros. Me he hecho todo para todos con el fin de salvar, por todos los medios, a algunos. Y todo lo hago por el Evangelio, porque quiero tener también mi parte de él. ¿No han aprendido nada en el estadio? Muchos corren, pero uno solo gana el premio. Corran, pues, de tal modo que lo consigan. En cualquier competición los atletas se someten a una preparación muy rigurosa, y todo para lograr una corona que se marchita, mientras que la nuestra no se marchita. Así que no quiero correr sin preparación, ni boxear dando golpes al aire. Castigo mi cuerpo y lo tengo bajo control, no sea que después de predicar a otros yo me vea eliminado».

MEDITEMOS

DEL SALMO 139 (138)

Pues eres tú quien formó mis riñones,
quien me tejió en el seno de mi madre.

Te doy gracias
por tantas maravillas,
admirables son tus obras
y mi alma bien lo sabe.

Mis huesos no te estaban ocultos
cuando yo era formado en el secreto,
o bordado en lo profundo de la tierra.

Tus ojos veían todos mis días,
todos ya estaban escritos en tu libro
y contados antes que existiera uno de ellos.

¡Tus pensamientos, Dios, cuanto me superan,
qué impresionante es su conjunto!
¿Pormenorizarlos? Son más que las arenas,
nunca terminaré de estar contigo.

Examíname, oh Dios, mira mi corazón,
ponme a prueba y conoce mi inquietud;
fíjate si es que voy por mal camino
y condúceme por la antigua senda.

HOY PARA MÍ

Ciertamente este aspecto de la vida de San Luis no nos encuentra tan en sintonía y suscita interrogantes. Pero creo que debemos entenderlo bien y aplicarlo a nuestra vida y a nuestra sensibilidad hoy. De hecho, en su propuesta y sugerencias para obtener el don de la Sabiduría, es decir, el encuentro profundo y vital con Cristo Señor, Luis de Montfort propone como tercer medio **“una mortificación universal”**. En el capítulo XVI de su libro *El amor de la Sabiduría Eterna* explica bien el significado de los gestos, que como hemos visto, también él practicó a lo largo de su vida.

«La Sabiduría –dice el Espíritu Santo– no mora en quienes viven cómodamente, es decir, en quienes viven cómodamente, concediendo a las pasiones y sentidos cuanto apetecen, porque los que viven sujetos a los bajos instintos son incapaces de agradar a Dios...» (ASE 194).

Y más adelante añade:

«La sabiduría no pide, para comunicar, una mortificación a medias, una mortificación de unos días, sino una mortificación total y continua, valiente y discreta» (ASE 196).

Son muy interesantes los ejemplos que san Luis da para indicar en qué consiste esta "**mortificación**":

"Para obtener la Sabiduría es necesario ante todo, o verdaderamente, abandonar los bienes del mundo, como lo hicieron los apóstoles, los discípulos, los primeros cristianos y los religiosos (es la forma más rápida, mejor y más segura de poseer la Sabiduría); o, al menos, hay que desprender el corazón de los bienes, y poseerlos como si no los poseyera, sin preocuparse por tenerlos, sin preocuparse por conservarlos, sin quejarse ni preocuparse cuando se pierden, y esto es muy difícil de hacer...

No debemos conformarse a las modas externas de los mundanos, ya sea en cuanto a ropa, muebles, casas, o en la alimentación, o en otros hábitos y conductas de la vida. Esta práctica es más necesaria de lo que pensamos... **No se debe creer ni seguir los falsos principios del mundo**; no se debe pensar, hablar y actuar como gente mundana... En la medida de lo posible, se debe evitar la compañía de los hombres, no sólo la de la gente mundana, que es nociva o peligrosa, sino también la de la gente devota, cuando son inútiles o hacen perder el tiempo". ¡El chisme tan mencionado por el Papa Francisco!

Sólo en este punto Luis de Montfort habla de las mortificaciones del propio cuerpo: “Para tener Sabiduría hay que mortificar el cuerpo, no sólo soportando pacientemente las enfermedades, las incomodidades de las estaciones y los daños que el cuerpo recibe en esta vida de las criaturas, sino también causándose algunos **sufrimientos** y **mortificaciones**, como ayunos, vigiliass u otras austeridades del santo penitente”.

Pero añade y concluye: “Para que esta **mortificación externa y voluntaria** sea buena, es absolutamente necesario que se combine con la mortificación del juicio y de la voluntad, mediante la santa obediencia; porque sin esta obediencia, toda mortificación está contaminada por la propia voluntad y muchas veces agrada más al diablo que a Dios”.

Me parece que está muy en sintonía con lo que sugiere el catecismo para adultos de la iglesia italiana *La verdad os hará libres*:

«La disciplina de los sentimientos se integra con la disciplina del cuerpo. En concreto, este último incluye los siguientes elementos: sobriedad en la alimentación, vestimenta, comodidad, consumo superficial y banal; control de miradas y conversaciones; renuncia a intereses inútiles y peligrosos; dominio del instinto sexual. Este complejo y paciente trabajo de purificación va hacia una progresiva unificación y dilatación interna. No se trata de crear un vacío o de anularse, a la manera de las tradiciones ascéticas orientales, sino de adquirir dominio de sí, de ser verdaderamente libres para entregarse a Dios y a los hermanos, **para conformarse cada vez más a Cristo crucificado y resucitado**». (n. 947-948).

PREGUNTEMONOS



- Leer de nuevo el capítulo XVI de la obra de San Luis *El Amor de la Sabiduría Eterna*.
- ¿He experimentado en mi vida que una cierta disciplina ayuda a realizar alguna elección? Yo recuerdo eso...
- ¿Qué área de mi vida necesito regularizar? y disciplinar para no desperdiciar energías y dones?

RECEMOS CON SAN LUIS

(del Cántico 39)

Ven en mi ayuda, Reina del cielo, socórreme, Virgen bendita, contra el mundo sin consuelo, lleno de temor y humano respeto: para vencerlos con tu Hijo, sin importar mil peligros.

Oh gran Dios, dame tu mano, tu mano omnipotente para vencer el respeto humano, la gran bestia impotente. En ti espero, Jesús querido, jamás seré confundido.

De verdad seré dichoso, si por llevar esta vida, por doquier siento el oprobio de la calumnia y la envidia; y, a pesar del qué dirán y el infierno, puedo triunfar.

¡Ah! Ojalá no sea engañado por tan sutil sortilegio. No quiero ser atrapado por humanos artificios, sino morir a la sombra de tu cruz redentora.

Odiado por el mundo y despreciado, contrario a las máximas mundanas, pobre, sufrido, abandonado, cargando las cruces de mis penas, pero siempre sostenido por tu brazo que asegura la fuerza de mis pasos.

Quien de veras se ha convertido que me crea y tome las armas, que se aliste en mi partido contra el mundo y sus alarmas para seguir a Cristo Jesús al Calvario, con su Cruz.